

Más que un trastorno de personalidad

Después que tuve el accidente mi vida no fue la misma. Yo era un laburante, había logrado ese empleo gracias a la influencia que tenía mi padre a pesar de que no me daba la cabeza para gran cosa. No me avergüenzo de decir que soy un tipo normal, igual que la mayoría de los ciudadanos que se autodefinen como normales. El accidente me tuvo en terapia intensiva por casi un año y en muchos momentos estuve al borde de la muerte, pero esa historia es para que se las cuente en otro momento.

Una vez que salí del hospital me habían recomendado hacer terapia al menos tres veces por semana. Mi psicóloga era una chica tiernita que se había recibido hacía muy poquito, lo que me daba cierta desconfianza, pero era la que me asignaron sin derecho a protestar por la obra social de Ferroviarios. Ella hacía lo que podía conmigo, creo que fui su primer caso de escopeta, un caso que muy tangencialmente había estudiado en la facultad y que sin duda se le iba de las manos. Los míos no eran problemas estándar, problemas con mis padres, con mis parejas o con mi jefe, lo mío era un problema con alguien al que yo me transformaba de manera errática sin una explicación coherente.

Todo comenzaba con transpiración excesiva, taquicardia, me temblaban las manos y por lo que me contaron los que vivenciaron mi transformación también llegaba al punto de convulsionar, ya que en esa fracción de tiempo yo perdía toda conexión con el mundo real. Nunca supe cuándo fue el momento exacto en el que empecé con estos trastornos, pero lo cierto es que a partir de algún estímulo que no puedo identificar me convierto completamente en otra persona.

Les voy a dar un ejemplo, la otra noche fui al cine con Laurita, una chica a la que siempre recurro cuando estoy solo y quiero tener un rato de intimidad, ¿Se entiende? ¿No? Ella quería ir a cenar y ver una romántica, pero a mí las románticas me hinchan un poco, por eso la convencí y negocié

que para la próxima íbamos sin falta a ver una de Julia Robert que para serles franceses no recuerdo el nombre. Ese día en el cine que está cerca del paso a nivel donde trabajo estaban dando una de Arnold Schwarzenegger, mi ídolo absoluto. Sentí que, como si me hubieran dado una sobredosis de heroína, me estaba metiendo dentro de la película, que mis brazos tenían una musculatura de un físico culturista, que un tatuaje con la insignia de la fuerza aérea americana se dibujaba en mi antebrazo y que la remera de “*le coq*” que me había comprado para la ocasión (siempre me gusta ir pituco a las citas), se había convertido en el uniforme de un guerrero listo para tomar por asalto un campamento de talibanes. Eso no fue lo peor, los demás espectadores de la película empezaron a chistar, mientras Laurita me sujetaba para que no hiciera un papelón y que no los matara a todos con mi ametralladora que estaba cargada hasta los dientes. Ellos eran todos unos barbudos con turbantes y túnicas harapientas que también me arrojaban granadas y la sala completa se convirtió en un campo de batalla. Mi fila de asientos se transformó en trinchera y el ataque fue una lucha sin cuartel. Eran ellos o yo. Era una cuestión de vida o muerte. Debería defender con mi sangre a mi Patria, los Estados Unidos de América. Me subí a la butaca y empecé a dispararles, obviamente ellos no se morían porque mis balas no los atraviesan y los fogonazos solo eran vistos por mí. Ellos me puteaban en todos los idiomas, pero yo solo escuchaba sus quejidos en un dialecto parecido al iraquí. Yo le gritaba en inglés a Laurita para que me soltara (nunca dije una palabra *in English in my life*) y ella se asustó tanto que salió a los pedos del cine en busca de ayuda. El acomodador y el que vendía golosinas se me vinieron al humo y me redujeron. Al rato llegó un enfermero que habían llamado desde la boletería y me pichictearon.

De más está decir que con Laurita no volvimos a salir y si ella pensaba ir a ver la peli de Julia Robert debía pagarse la entrada o conseguirse otro pretendiente que se la bancara. Por meses traté de no ir al cine, tampoco ver

televisión, sabía que cualquier situación que pudiese estimular mi personalidad oculta me ubicaría en un lugar de riesgo, el riesgo de transformarme con consecuencias incommensurables hacia mi persona y hacia las persona que me rodeaban.

Lo mío era algo parecido al síndrome que tenía el increíble Hulk, el hombre verde de la tele, que rompía su camisa dejándola en jirones, creo que el actor se llamaba Lou Ferrigno. El que hacía del tipo cuando era normal no me lo acuerdo y no creo que nadie ya recuerde su nombre. En cada episodio al flacucho, cuando lo hacían calentar por algún conflicto, se le chiflaba el moño y le empezaban a crecer los músculos exponencialmente, se le reventaba el pantalón y se ponía verde como la canción de Charly García, rompía todo lo que se le ponía delante hasta que la transformación cesaba y volvía a la normalidad. Nunca pude entender, si el tipo duplicaba su tamaño, no se le reventaran los calzoncillos. Tampoco entendí cuál era el presupuesto en camisas y pantalones para bancar sus arranques de locura.

Siempre digo que yo debía haber hecho terapia desde mis primeros síntomas, muchas cosas terribles hubiera evitado. Con una buena medicación estos trastornos de la personalidad no me hubiesen ocurrido. Pero lo mío excede a una simple perturbación de mi comportamiento, yo me convertía completamente en otro ser.

No puedo dejar de contarles lo que me sucedió aquella terrible noche de carnaval, me habían cambiado el horario en el laburo. El kiosquero de la estación me prestó un par de revistas para que no me aburriera durante mi jornada. Eran de esas revistas de cómics, las mismas que me compraba mi viejo cuando traía buenas notas del colegio. Él pensaba que con eso iba a inculcar en mí la pasión por la lectura. Pero a mí no me gustaba leer y hoy tampoco me gusta. Me entretengo mirando los dibujitos y voy leyendo por arriba los globos y las onomatopeyas que dice cada personaje. Eso sí que me divierte, me traslada a épocas hermosas de mi niñez.

Mientras pasaba las coloridas hojas escuché el silbato característico, la formación se acercaba, pude escuchar un segundo aviso y reaccioné. No me había percatado que tenía la barrera levantada y los autos pasaban y pasaban de ambas manos. Miré por la ventana de mi casilla y vi que los autos no se detenían, estaban en peligro.

Percibí que una fuerza sobrehumana se apoderaba de mi persona. Abrí la puerta y salí volando con mi capa roja y una “S” enorme pintada en mi pecho. Me paré sobre las vías con mis piernas extendidas en uno de los durmientes preparado con mis dos puños para frenar la embestida de la locomotora que se acercaba a toda velocidad. Y bueno, que puedo contarles, no pude frenar al tren y así fue como me internaron en la clínica y casi paso para el otro mundo. Moraleja, ser guardabarreras para gente que no le gusta leer libros puede ser un empleo peligroso, aunque todo el mundo crea que la Kriptonita es lo único que puede matarme.